

El grafiti y el barrio

The graffiti and the neighborhood

Kléver Vásquez*

Resumo

El texto a continuación parte de un grafiti encontrado en el barrio “La Colmena”, ubicado en las laderas del Pichincha (Quito-Ecuador). Gracias a él se reflexiona sobre la noción del espacio público de un barrio estigmatizado como peligroso y marginal, mientras se atiende la dinámica social centrada en la juventud como agente de amenaza y ruptura de la condición barrial. A través de este grafiti, se evidencia la tarea que algunas instituciones han llevado a cabo para terminar con la amenaza que los jóvenes representan, inculcándoles ciertos valores que terminan limitando la expresión de su condición antagónica en el barrio; sin considerar que ese antagonismo de los jóvenes, por otro lado, es necesario para mantener activa la noción de “lo barrial” (GRAVANO, 2015) y más cuando se trata de un barrio tradicional, donde el lazo comunitario que ahí existe se ha construido en el tiempo, evidenciando en su dinámica social el constante diálogo entre pasado y presente.

Palabras-chave: Barrio, grafiti, espacio público, juventud, comunidad

Abstract

The text below is starts from a graffiti found in the neighborhood “La Colmena” on the slopes of Pichincha (Quito-Ecuador). Considering it, we reflect on the notion of the public space of a neighborhood stigmatized as dangerous and marginal, while attending the social dynamics centered on the youth as an agent of threat and rupture of the neighborhood condition. Through this graffiti, it is evident the task that some institutions have carried out to end the threat that young people represent, inculcating certain values that end up limiting the expression of their antagonistic condition in the neighborhood; without considering that this antagonism of the young people, on the other hand, it is also necessary to keep active the notion of “the neighborhood” (GRAVANO, 2015) and even more when it is a traditional neighborhood, where the community bond that exists there has been constructed in time, showing in its social dynamics the constant dialogue between past and present.

Keywords: Neighborhood, graffiti, public space, youth, community

Un diálogo

Afuera

En la calle, al otro lado de los muros que delimitan el espacio privado de una casa se encuentran personas interactuando unas con otras. Personas que, en principio, no se conocen y en apariencia, no desean hacerlo. Afuera se deshace constantemente una red invisible de miradas anónimas y contactos efímeros, tan casuales y arbitrarios que a lo sumo pueden llegar a conformar relaciones de secundariedad, constituyendo por ello, buena parte del compendio semiótico de la vida urbana.

Las personas se forman ahí afuera, pues ahí es donde los sujetos se esconden tras su máscara social, o mejor dicho, construyen buena parte de su personalidad gracias a la reserva que muestran frente a sus semejantes. Reserva que no es otra cosa que la sociabilidad pública, la misma que negocia las diferencias y singularidades de las personas a través del encubrimiento.

Desde que las ciudades aparecieron, “la vida pública fue el escenario de relaciones de poder fundadas en la inautenticidad y el simulacro, jurisdicción absoluta de la mentira.” (DELGADO, 2013) Ahí afuera se originó la sociedad, donde los sujetos se envuelven con el disfraz significativo que les otorgará identidad y personalidad en el teatro cotidiano del espacio público; teatro en la calle o arte urbano, que a fin de cuentas no es otra cosa que *una mentira que nos dice la verdad*.

Adentro

En la casa; el espacio en el que uno puede quedarse, detenerse, abandonarse sin ser arrastrado por la muchedumbre anónima del exterior, todo se opone dialécticamente a la calle, porque “ahí afuera, en la calle, acechan todo tipo de peligros; tenemos

que estar en alerta cuando salimos, vigilar con quién hablamos y quién nos habla, estar en guardia en todo momento.” (BAUMAN, 2003, p.7). Acá adentro, por el contrario, hay un tejado que cobija y nutre un espacio social familiar en el que prosperan mutuamente la confianza y seguridad de sus habitantes.

Quando el espacio público se percibe cada vez más como el territorio de las indeterminaciones morales, en que nadie puede aspirar a realizar su propia autenticidad y los demás constituyen un peligro; entonces sólo en la esfera privada puede aspirarse a una vivencia de la propia verdad natural.
(DELGADO, 2013)

También existe un afuera con tinte familiar, un lugar al aire libre que también nos protege de la intemperie social, donde “podemos confiar en lo que oímos y todos nos entendemos bien, estamos seguros la mayor parte del tiempo y rarísima vez sufrimos perplejidades y sobresaltos” (BAUMAN, 2003, p.8). Es la comunidad la que habita esas calles familiares y estimula en nuestra memoria la añoranza de un mundo perdido y perfecto en el que la casa y la calle formaban parte de ese continuum urbano ideal y complementario.

La memoria del barrio

En el barrio la maquinaria dialéctica que promueve la diferencia entre el afuera y el adentro, lo público y lo privado, o entre la calle y la casa; en términos generales, funciona de la misma forma que en el resto de la urbe. Su condición de barrio está sugerida por ciertas prácticas sociales que se presentan en un espacio físico determinado de la ciudad, más allá de su ubicación y delimitación jurídico-urbana. En este espacio se construye el sentido de identidad barrial, que, de acuerdo a Ariel GRAVANO (2015), es un aspecto específico de lo ideológico

que coloca al barrio como referente en la construcción de las identidades sociales. Por tanto, las relaciones sociales que se dan en un barrio, encuentran un espacio físico que las acoge, facilitando el intercambio socio-espacial en la producción de sentidos.

Por un lado hay que entender a las relaciones sociales para leer el espacio, es decir que hay que ver a este último como un resultado de ciertas relaciones sociales; y por otro lado, hay que mirar al espacio para entender las relaciones sociales urbanas. (DUHAU, 2008, p.27).

La identidad de cada barrio depende de la particularidad y variedad de las relaciones sociales que éste acoja en su espacio y en su tiempo, ya que toda significación se produce dentro de un contexto –en espacio y tiempo determinados- y es el resultado de una puja de intereses y determinaciones sociales, por las cuales se sitúa en la realidad histórica. (GRAVANO, 2015). Así, cada barrio se estructura con grupos sociales diversos que repiten patrones de conducta que levemente se van alterando y no alteran significativamente la identidad barrial, pues el hecho de residir en un determinado contexto urbano genera un “efecto de lugar” –según el término usado por Bourdieu- que opera como hecho social duro, esto es, que refleja la posición de los sujetos en el espacio social y dibuja por lo tanto su relación con la ciudad.

Las situaciones que se dan en el barrio dependen de las acciones cotidianas que practican sus vecinos de manera constante, rutina que se rompe solamente con la interferencia de algún acontecimiento eventual; acontecimientos siempre vistos como amenazas de ruptura de la identidad del barrio. De ahí que la tranquilidad sea uno de los valores más apreciados y fundamentales de lo barrial. (GRAVANO, 2015).

Al visitar La Colmena -barrio típico de Quito- recorriendo sus calles se puede encontrar “El rincón chileno” -antiguo

prostíbulo de los años cincuenta-, o también, la discoteca que fue propiedad de familiares de “la mama lucha” (dirigente barrial tristemente célebre por encabezar una organización delictiva de estructura familiar). Ambos espacios en el pasado cumplieron funciones disonantes con la habitual cotidianidad del barrio. Ocasionales riñas al salir de la discoteca y ostentosos autos parqueados en el prostíbulo atentaron contra el orden corriente del barrio, llamando la atención de sus vecinos; volviéndose, de esta manera: acontecimientos, y por tanto, amenazando la tranquilidad en la que se fundamenta y con la que se valora la noción de lo barrial.

En el barrio se presentan siempre situaciones que amenazan su tranquilidad. Sin embargo, esas situaciones, esas rupturas de lo cotidiano, -sin la necesidad de ser acontecimientos- sirven para mantener identificadas las fuerzas externas que amenazan lo barrial y, por tanto, para consolidar o reclamar los valores propios del mismo. Es decir, la identidad del barrio termina dándose por la aparición de situaciones que amenazan desarticularlo.

En La Colmena, una vecina recuerda que *en esta esquina antes hacían fritada...* Por tanto, recalca, de esa manera, que en esa esquina sucedía algo que, a fuerza de costumbre, se impregnó en la memoria del vecindario y dotó de sentido particular al espacio arquitectónico, ya que ahí “antes hacían fritada”. Se trata de un acontecimiento del pasado que se diferencia y opone a cualquier situación del presente; *ahora ya no hay nada...* concluye. La vecina no muestra simplemente un cambio de actividad en su barrio, no nota simplemente que un conocido espacio se ha modificado en el tiempo, sino, a su vez, pone en evidencia que el objeto del “gusto” y el cariño que un vecindario puede tener por el barrio es cuando sus vecinos se refieren *al barrio del antes*.

En principio podemos ver que ese “pasado” no se identifica con la historia cronológica y referencial del barrio. Es un antes cuya función principal

consiste en oponerse al “ahora” negativo y convertir cada atributo en un valor distintivo de ese barrio, además de ser la “causa” de que ese sea un barrio. (GRAVANO, 2015).

La vecina al comparar con nostalgia un pasado agradable con un presente en el que “ahora ya no hay nada...” demuestra que los valores se definen por oposiciones semánticas que la misma gente establece en sus discursos. La tranquilidad es lo que se opone al acontecimiento. (GRAVANO, 2015). El pasado es un lugar estable, seguro y tranquilo al que siempre se regresa después de echar un vistazo a un presente impredecible que se muestra de golpe ante nosotros. El pasado es como llegar a casa luego de sortear la calle; transitamos para llegar a un sitio. Así mismo, las acciones que se desarrollan en el presente del barrio nos llevan a un pasado siempre mejor. Pero ese pasado, esa casa ideal en la que habita un mejor vecindario sólo es un ideal imposible de ser ubicado cronológicamente. No se encuentra en el pasado, se encuentra en el propio presente del barrio; en el encuentro de los mayores en la banca del parque o en la tienda de la esquina donde las vecinas comentan que *antes todo era más barato* y porque ahora *ha subido hasta la leche*. Son gente mayor los que a modo de queja “recuerdan” ese pasado simbólico, que se activa, paradójicamente por un presente amenazante, que a veces, puede tomar forma de un grafiti en la pared dejado por esos *que no tienen nada que hacer y andan rayando las paredes*. El grafiti activa una referencia, en ese caso, dirigida a la actividad de los jóvenes en el barrio; a una juventud que, por supuesto, ya *no es como la de antes*. El enfrentamiento o la contradicción sobre la cual se edifica la identidad no se da entre los “viejos” del barrio y los “jóvenes” del barrio, sino en todo caso, entre los jóvenes de antes y los jóvenes de ahora. (GRAVANO, 2015).

En un barrio, los espacios físicos y las relaciones sociales que en estos se dan poseen una carga simbólica que difumina la brecha cronológica entre pasado y presente impregnándose en las

prácticas cotidianas, siendo *éthos* y no *crónos* quien determina la particular vida de barrio.

El recuerdo es sólo un príncipe azul que va de paso, que despierta, un momento, a las Bellas Durmientes del bosque de nuestras historias sin palabras. “Aquí estaba una panadería”; “acá vivía la madre Dupuis”. Sorprende aquí el hecho de que los lugares vividos son como presencias de ausencias. Lo que se muestra señala lo que ya no está: “vea usted, aquí estaba...”, pero eso ya no se ve. Los demostrativos expresan las identidades invisibles de lo visible: es, efectivamente, la definición misma del lugar... Sólo se habitan lugares encantados. (CERTEAU, 2000, p.121).

[1] Se considerará para este ensayo como grafiti, a cualquier expresión pictórica en el espacio público

La vibración de un grafiti¹

Como se pudo observar, uno de los principales actores que mora en los barrios está representado por la juventud; gracias a esta se mantiene la dinámica necesaria entre pares opuestos que otorgan la ideología de lo barrial (GRAVANO, 2015). (También son pares opuestos los que determinan la relación urbana entre lo público y lo privado en la ciudad).

Muchas de las prácticas urbanas realizadas por la juventud, más allá del barrio, funcionan también como amenaza de ruptura de los rituales cotidianos de la ciudad. Una de esas actividades es la práctica del grafiti que se muestra, precisamente, en el borde que separa lo que está adentro de lo que está afuera; es decir en la pared, en la materialidad concreta de un muro diseñado para separar ámbitos de naturaleza diferente; espacio exterior e interior donde los comportamientos humanos no son los mismos.



[Fig.1] Imagen propia.
Grafiti en vehículo abandonado cerca de una edificación, ahora de uso religioso, y antes utilizada como discoteca por familiares de “La mama Lucha” en La Colmena

Se trata de un arte cuya práctica brinda la posibilidad de expresar un enfoque socio-político dentro del ámbito socio-espacial de la ciudad; es decir, brinda la posibilidad a los sujetos de mostrarse en el espacio público, de quitarse la máscara que los esconde o los estigmatiza, para ser alguien, precisamente ahí, en la calle, donde habita el anonimato.

Visibilidad simbólica y efímera ofrece el grafiti a través de las marcas y señales dejadas en la pared, pues ahí afuera no se puede permanecer; es lugar de paso, del movimiento incesante del viandante y los vehículos, cuya localización es incierta e inestable; pues, para que el sujeto sea espacialmente localizable es necesario que esté presente en algún lugar, que esté allí; y para estar presente se necesita que persista allí durante cierta fracción de tiempo, así sea mínima (DUHAU, 2008). Para Radkowsky “habitar es igual a ser localizable”. Entonces lo que habita en el espacio móvil de ahí afuera, son las huellas dejadas por los vehículos y transeúntes. El grafiti es huella dejada por quienes ahí transitaban, por quienes caminaron no sólo la acera sino la pared. Caminaron en el muro con sus “latas”. Caminaron al borde o en medio de la casa y la calle, ni en lo público ni en lo privado, sino en su umbral, pues “andar es no tener un lugar. Se trata del proceso indefinido de estar ausente y en pos de algo propio.” (CERTEAU, 2000, p.116). La ciudad se mueve afuera a la vez que está quieta adentro y vibra en su borde con los colores del grafiti que delatan su liminal contacto mientras buscan su identidad.

Movimiento y quietud; La polaridad del nomadismo y el sedentarismo, que corresponde a los primeros inicios del género humano, oscila entre los extremos de la posibilidad de un absoluto deambular y un exceso de sedentarismo. “Sentido de posibilidad” y “sentido de realidad” no se contradicen, pero sí pueden excluirse uno a otro (SCHRODER, 2009, p.170).

El movimiento otorga posibilidad; por tanto se opone a la estabilidad y a la, ya mencionada por Gravano (2015), tranquilidad del barrio. Por eso la juventud trae consigo el riesgo de ruptura con la tradición, con la realidad estable del barrio, en el que representan la posibilidad de cambio. La juventud es sinónimo de movimiento y por ello se intenta controlarla, sujetarla al barrio a través de la familia o la policía. Sin embargo, su rumbo puede cambiar, como puede cambiar el rumbo de los transeúntes en la ciudad, a pesar de transitar por rutas sugeridas o impuestas por el diseño urbano: signos que pretenden controlar los pasos, pero signos cuyo significante puede ser alterado con los mismos pasos, ya que estos pueden “hacer camino al andar”; construir su espacialidad a través del movimiento.

La variedad de pasos son hechuras de espacios. Tejen los lugares. A este respecto, las motricidades peatonales forman uno de estos sistemas reales cuya existencia hace efectivamente la ciudad, pero que carecen de receptáculo físico. No se localizan: se espacializan (CERTEAU, 2000, p.109).

El estigma que envuelve a La Colmena marca a cada uno de sus habitantes. Sin embargo, ellos han aprendido a sobrellevarlo y hasta a aceptarlo; pues la permanencia y vida comunitaria que comparte el mismo espacio físico, llega a contrarrestar cualquier discurso reduccionista que pretenda definirlo. No así en la juventud, esta pretende dejar el barrio y con ello dejar el estigma.

Es posible que exista una necesidad implícita en las imágenes dejadas por el grafiti o “arte urbano”; más allá del mensaje o la expresión personal, podría representar la necesidad de habitar otro espacio, uno que niega al existente por medio de la ilusión que brinda la imagen o sugieren sus signos. No se puede a fin de cuentas, deshacerse o reemplazar el espacio real en el que se inscribe aquella imagen; como tampoco pueden abandonar su cuerpo marcado y estigmatizado aquellos sujetos o moradores

sin arraigo que imaginan su futuro fuera del barrio. “Yo estoy al mismo tiempo aquí y en otro lado, y justamente esto atañe al modo de ser del cuerpo... Cada topos, en tanto lugar que ocupamos, está entremezclado con una cierta atopía, ausencia de lugar” (SCHRODER, 2009, p.169). La mayoría de estas imágenes de estencil recreadas por artistas de la calle, nada tienen que ver con la adaptación al lugar donde se emplazan; se deslindan de su contexto y se imponen vibrantes en los muros ciegos de las fachadas, los mismos que sólo sirven como fondo de imagen.

Esa es la posibilidad que brinda el movimiento, o, por lo menos, la vibración; modificar el significado del espacio y por ende de su realidad. “Si aumenta demasiado el *sentido de realidad*, entonces nos acercamos a una realidad sin posibilidades abiertas; si, por el contrario, aumenta demasiado el *sentido de posibilidad*, corremos el riesgo de una virtualidad sin anclaje en la realidad” (SCHRODER, 2009, p.170).

Un arte vigilado

Un gran mural pintado por jóvenes de La Colmena se encuentra entre sus calles (Ver fig.2). Se trata de una representación de alguna escena cristiana que exalta los valores familiares y advierte el peligro de alejarse de ellos. No se trata, en este caso, de un grafiti de jóvenes inconformes, de *esos que andan por ahí*, en el barrio, oponiéndose a lo barrial como éthos – como valor o conjunto de valores- (GRAVANO, 2015) que tuvieron que pintarlo a escondidas de la autoridad. No se trata de eso. Se trata, más bien, de un mural cuya temática y estilo fue sugerido, motivado y financiado por la institución reguladora de comportamientos en la casa y en la calle: la familia. “La familia es lo que ejerce y debe ejercer control sobre la juventud” (GRAVANO, 2015)



La familia es la institución social núcleo del barrio. Desde su centro, representado por la figura del padre, se irradia control. Esta es la célula originaria de la comunidad, por tanto compartirán valores y similar estructura jerárquica. En la comunidad igualmente existirá el orden porque los individuos conocen a los otros individuos y cada uno conoce su lugar territorial... En otras palabras, la comunidad también cumple una función de vigilancia (SENNETT, 2011).

A diferencia de los adultos del barrio, para los jóvenes la tranquilidad no es un valor social imprescindible, y menos

[Fig.2] Imagen propia.
Mural de carácter religioso en el espacio público más tradicional de La Colmena

cuando se posa sobre sus hombros el peso de la mirada de familiares, vecinos, cámaras de vigilancia o policía. Es necesario resaltar que en la ciudad los espacios públicos más concurridos son aquellos que tienen vigilancia, aquellos donde la autoridad o su representación está presente; es muy difícil encontrar tranquilidad en un espacio que no esté vigilado, demostrando que los planes urbanos en su diseño discrimina ciertas capas sociales entre las cuales se encuentra la juventud.

En la familia como en el barrio la figura de la autoridad controla y juzga el comportamiento de sus miembros o vecinos, pero lo hace desde una distancia, propia de su ubicación social, que le permite observar la generalidad mientras obvia las particularidades que caracterizan y determinan las relaciones sociales. La autoridad hace alusión a una mirada distante, a una mirada de dominio territorial basto que elimina y borra los pormenores. Se vigila con la vista. La importancia de la vista es primordial en la sociedad; el órgano de los sentidos que se ejercita varía según el individuo y su cultura. En la sociedad moderna el hombre depende más y más de la visión. Así es como cualquier observación –con base en el ojo humano- puede llegar a una generalización de lo observado, provocando, según sea el caso, un juicio de valor basado en una reducción esencial del fenómeno. De esta manera el mundo que se percibe con los ojos es más abstracto que el que experimentamos con los otros sentidos. “Los ojos exploran el campo visual y abstraen de éste ciertos objetos, puntos destacados o perspectivas” (TUAN, 2007, p.23) De la misma forma, cuando desde los municipios, la autoridad observa y planifica la ciudad a distancia, se llegan también a perder de vista los aspectos más particulares de ésta.

La ciudad-panorama es un simulacro “teórico” (es decir, visual), en suma un cuadro, que tiene como condición de posibilidad un olvido y un desconocimiento de las prácticas. El dios mirón que crea esta ficción literaria y que, como el de Schreber, sólo

conoce cadáveres, debe exceptuarse del oscuro lazo de las conductas diarias y hacerse ajeno a esto. Es “abajo” al contrario (down), a partir del punto donde termina la visibilidad, donde viven los practicantes ordinarios de la ciudad (CERTEAU, 2000, p.105).

Para la autoridad es necesario controlar afuera como se controla dentro de casa. Se pretende trasladar la familiaridad del hogar también a las calles intentando domesticar su naturaleza impredecible, perdiendo, el espacio público de esta manera, uno de los aspectos que lo identifican como tal: El anonimato.

El anonimato en cuanto requisito positivo de la experiencia urbana de la ciudad moderna, como sinónimo de libertad y oportunidad, ha dejado de ser un ingrediente deseable de la experiencia urbana en la ciudad globalizada: es preferible moverse entre gente y lugares conocidos, o por lo menos entre gente y lugares fácilmente reconocibles como aptos y seguros para uno (DUHAU, 2008, P.36).

La autoridad y la comunidad cumpliendo su función de control social exaltan únicamente el talante “negativo” del espacio público, o lo construyen deliberadamente al instalar vigilancia y patrullaje constantes, pues, de esta manera, se insinúa la existencia de un peligro permanente ahí afuera. Pero peligro, por la posibilidad de ruptura de valores sociales que la calle representa. Su estabilidad y control garantizaría la continuidad de unas relaciones sociales que no signifiquen peligro o contradicción con las estipuladas por la comunidad o la autoridad, como sucede al interior de la casa donde no se discute la autoridad del padre. Es afuera desde donde el joven puede cuestionar esa autoridad; pero estar afuera significa dejar la tranquilidad que el hogar representa; ya que afuera, en el espacio público, en la calle el individuo puede experimentar la sensación de encontrarse en medio del “teatro de los delirios de masas, de los circuitos irracionales de muchedumbres desorientadas, de la incomunicación, de la desolación moral, de la soledad...” (DELGADO, 2013)

Consideraciones finales

La importancia que se da al control y la vigilancia en los espacios públicos para evitar acontecimientos que puedan atentar al orden público, junto a políticas que lo promueven, ha llevado a que en la ciudad prevalezca un sólo espacio: el privado.

La plaza o la calle, donde cualquiera puede ir y venir, se vuelven cada vez menos atractivas para los sectores de población medios y altos que ven en estos lugares una multitud de riesgos incontrolables y de molestias y para todos aquellos sujetos urbanos que ven en el encuentro imprevisto con personas distintas una fuente de agobio más que una oportunidad enriquecedora de la vida urbana (DUHAU, 2008).

Cada ciudadano ha dejado de mirar al otro, al diferente, al que está afuera. Se ha perdido ese diálogo que intercambia diferencias y devela máscaras. “La comunidad se ha transformado tanto en una retirada emocional de la sociedad como en una barricada territorial dentro de la ciudad” (SENNETT, 2011, p.369) El miedo vuelve hermético el traje de la privacidad, eleva sus murallas y las electrifica, le pone rejas a sus ventanas y guardia a sus puertas. De esta manera el espacio público es vigilado por cámaras de video al acecho de cualquier acontecimiento que vaya a alterar la pasiva inercia de la institución familiar.

Esos muros que se han levantado en la ciudad, fragmentándola y dividiéndola, son también los nuevos lienzos en que se representan los valores y expresiones de la juventud. Valores que pueden ser condicionados por la institución reguladora; instituciones que en el contexto globalizado de la actualidad promueven valores genéricos y homogenizantes, haciendo *tabula rasa* de la propia construcción de sentido que pueda darse en un lugar (un lugar cuya construcción de sentido depende de quienes se sienten anclados a él; en el caso del barrio; por costumbre y permanencia los adultos y por pretendida ausencia los jóvenes).

Es en el espacio público, en la calle que el joven puede oponerse a la familia para construirse como persona; allá afuera en el intercambio social con sus semejantes. Ahí encuentra el lugar donde cuestiona a la autoridad y a la comunidad. Inscribe la huella de su expresión en el muro que divide la casa de la calle; es decir, en el borde del primero como autoridad y del segundo como comunidad. A través del arte pretende cuestionar una realidad instaurada, por tanto, una realidad invulnerable, dura como la piedra misma de la arquitectura en que se asienta, terca como su inmovilidad e indiferente como su silencio. Expresarse ahí puede significar la agresión del espacio tomado; y quizá, sólo la violencia de esos *que andan por ahí*; fantasmas anónimos que habitan cada muro institucional de la calle, permita que nuevamente se abra el diálogo perdido entre el afuera y el adentro. Quizá, a favor de la ciudad y lo público y posiblemente, en desmedro de la comunidad y lo privado.

El grafiti, al responder a un contexto globalizado (ver Fig.1), en ningún caso podría construir un imaginario propio de *lo barrial*, pues sus referentes son mediáticos y universales; y quizá, por ello mismo, sea acogido por la juventud; pues, de esta manera, se acentúa el carácter antagónico propio del joven hacia el barrio. Pero ¿qué sucede cuando dicho medio de expresión no muestra ese antagonismo? En La Colmena, fue una institución cristiana la que promovió sus valores universales a través del *grafiti*, es decir, una institución que comparte los mismos valores familiares que existen en la comunidad barrial. Sin embargo, ¿cómo estos valores pueden llegar a afectar la identidad de *lo barrial* cuando pertenecen a un contexto global y por tanto genérico?

Quizá cuando los valores familiares y comunitarios promovidos por una institución globalizante se instauran en el *ethos* de los habitantes, signifique que los muros o las paredes que la comunidad levanta ahora estén más allá del barrio, más lejos,

volviéndose un barrio que los jóvenes ya no pueden dejar porque sus límites no se los puede vislumbrar. Los jóvenes en ese inmenso barrio no representarían antagonismo alguno, porque estarían dentro de una comunidad de valores y control global.

***Kléver Vásquez** es ecuatoriano graduado en Arquitectura y Urbanismo por la Universidad Central del Ecuador (UCE), donde también realizó estudios de Arte. Es especialista en Lógica y Técnica de la Forma en Argentina por la Universidad de Buenos Aires (UBA) y magister en Teoría y Práctica del Proyecto de Arquitectura en España por la Universidad Politécnica de Cataluña (UPC). Actualmente es docente en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la UCE, investiga temas relacionados al arte urbano y cursa estudios de Antropología Urbana.

Ilustração de abertura do artigo
produzida pelo designer e bolsista indisciplinar
André Victor

referências

DELGADO, Manuel. *Lo urbano y el maligno*. Madrid 2013

BAUMAN, Zigmunt. *Comunidad, En busca de seguridad en un mundo hostil*. Buenos Aires: Siglo XXI editores, 2003.

DUHAU, Emilio. *Las reglas del desorden*. Ciudad de Mexico: Siglo XXI editores, 2008.

GRAVANO, Ariel. *Antropología de lo urbano*. Buenos Aires: Editorial Café de las ciudades., 2015

DE CERTEAU, Michel. *La invención de lo cotidiano*. Ciudad de México: Cultura libre. 2000.

SENNETT, Richard. *El declive del hombre público*. Barcelona: Edit. Anagrama., 2011.

TUAN, Yi – Fu. *Topofilia*. Madrid: Edit. Melusina, 2007.